

Y ¿será tan amable que me diga también por qué titula uno de sus editoriales: *Con todo y Crispi*. Ese es barbarismo que hasta plumas tiene. *Con Crispi y todo* se dice.

En mi parroquia á lo menos!

\*  
\* \*

Sé de buena tinta que el objeto que se propone D. José Joaquín Terrazas al emprender un viaje á Italia, no es el de conferenciar con su Santidad, sino el de recibir lecciones del Dr. Tanner y de los señores Succi y Merlatti para aprender á no comer.

Deseo que las lecciones le aprovechen, y excito al Sr. Pastor para que organice en el teatro una función á beneficio de Terrazas. Podría representarse el "Mudo por compromiso," el "Excomulgado" de Zorrilla, y "José vendido por sus hermanos." No habría inconveniente en anunciar esta obra con el título siguiente: *José Joaquín vendido por los hermanos Sánchez Santos*.

EL CURA DE JALATLACO.

## COSAS QUE HACEN FALTA

### LA VERGÜENZA

#### Introducción.

Y dijo el señor Director de *El Universal* á *Junius* que acaba de resucitar:

—Bien está: me has explicado tu viaje por el mundo desconocido, ó, por mejor decir, no me has explicado nada. . . .

—Es verdad, contestó *Junius*, porque me sucedió lo que al Apóstol: "ni el ojo vió, ni. . . ."

—No me interrumpas. Como quiera que sea, has resucitado y por ello me congratulo; pero tu inesperada vuelta acaba de despertar en mí una añeja superstición á la que, muy á mi pesar, he pagado siempre tributo.

—Ah! ya comprendo, el terror por las ánimas en pena. . .

—No tal, óyeme hasta el fin. Durante tu ausencia, que creí eterna, los redactores de *El Universal* llegaron á doce, un apostolado completo. Ahora vuelves tú, y ya verás, el número *trece*. . . .

—Entonces yo. . . .

—No te adelantes, escucha: sal á la calle y me traes en seguida un redactor más para que desaparezca el número fatal.

—Pero, ¿á quién he de llamar?

—Eso poco importa, á Perico el de los palotes, al primero que encuentres.

Y salió *Junius* á la calle y dió con *Perico el de los Palotes*, es decir, conmigo (que tal es mi nombre, para servir á ustedes), me cogió por una oreja y me llevó ante el Director.

Entre este circunspecto señor y el chispeante malintencionado *Junius*, me entonaron un sermón joco-serio ó serio-cómico, me explicaron la cartilla del periodista, me amonestaron en todos los tonos y acabaron por sentarme frente á una mesa donde había un sinnúmero de libros y papeles en lastimoso desorden, y poner á mi disposición una pluma y varias tiras de papel, á las que dieron el nombre de *cuartillas*, no obstante su ningún parecido con las que circulan en el comercio.

Yo estuve á punto de protestar contra aquel reclutamiento periodístico; pero después de reflexionar un poco, dije para mi sayo: ¿y por qué no he de ser yo periodista? poco favor me haría no creyéndome capaz de. . . bah! Después de todo, quizás me llame Dios por este camino.

Y me quedé.

Tal es mi historia de *escritor público* ¿verdad que se parece á la de otros muchos?

\*  
\* \*

Pero basta de exordio, que, según ha llegado á mis noticias, es pecado literario, y muy grave, el prolongarlo demasiado, sobre todo, cuando en él se permite uno el lujo de hablar de su propia personalidad, y yo me lo he permitido, por lo que pido perdón y ofrezco la enmienda.

Voy, pues, á cumplir con mis obligaciones de periodista: alguna vez ha de ser la primera y, además, por el Jesús comienzan los teólogos. (Si he ascendido hasta escritor público, ¿por qué no he de llegar alguna vez á teólogo).

El señor Director del periódico, cuando le pregunté sobre qué debía escribir, me dijo, entre otras cosas que he tenido la desgracia de olvidar, estas ó semejantes razones: “debe usted meditar atentamente sobre las cosas que le parezca que hacen falta, para proponer que se crien, adopten ó suplan: en ello está interesada la sociedad entera. . . .”

De entonces acá, he visto que son muchas las *cosas que hacen falta* y de varias de ellas me propongo hablar de hoy más á cuantos tengan la humorada de escucharme; pero, si he de decir lo que siento, y lo haré sin ánimo de ofender á nadie, me parece que una de las cosas que más falta hacen en el mundo es

### ¡la vergüenza!

La vergüenza, sí, y éste será, por lo mismo, el tema de mi perorata ó como quiera cada uno llamarle.

Advertiré, ante todas cosas, que no pretendo entrar en disquisiciones filosóficas sobre la vergüenza. Y no lo pretendo, por dos razones muy claras y conspicuas: primera, porque no sé qué es filosofía, y segunda, porque ignoro qué son disquisiciones. Pudiera agregar otras razones más, pero no quiero profundizar mucho el asunto.

Tampoco sé si la vergüenza es innata en el hombre ó si es obra de la educación, pues sobre esto me parece que hay diversidad de pareceres: unos dicen que es natural y otros que es. . . *artificial*.

Lo que sí puedo asegurar es que conozco á muchos que no la tienen ni de una ni de la otra clase, ó, por lo menos, si la tienen lo disimulan demasiado.

Ignoro, por último, si los animales, quiero decir los animales que no son como nosotros, los que se llaman *brutos*, aunque muchas veces. . . en fin, no sé si esos animalitos son capaces de tener vergüenza; pero sí me parece que en ocasiones demuestran tenerla mejor que muchos *tipos* que yo conozco y de los que quiero entresacar algunos ejemplares para que ustedes me ayuden á juzgar.

Por ejemplo: ustedes conocerán, como yo, á más de un sujeto de esos cuya vida se reduce á comer, pasear y dormir. Los hay también que no pasean, y el programa de su existencia se reduce, por lo mismo, á las otras dos partes. El estado normal de éstos es la inacción; quien vaya á su residencia los encontrará siempre sentados al sol en invierno y á la sombra en el verano, en una inmovilidad absoluta como si estuvieran entregados á la más profunda meditación. ¿Qué hacen? Siguen con la incierta mirada el vuelo caprichoso de una mosca, los anillos que forma el humo del cigarro ó la marcha lenta y uniforme del rayito de sol que penetra por una hendedura y forma en el pavimento un reverbero. . .

Para ellos ponerse en pie, trasladarse de una silla á otra, pasar de la asistencia al comedor ó del comedor á la recámara, son actos solemnes y trascendentales que hacen época en la historia del día.

Algunos de ellos tienen sus arcas henchidas de oro y se creen por ello exceptuados de la ley del trabajo; otros nada poseen, pero ni se empeñan en adquirir algo. Se sientan á la mesa cotidianamente sin saber jamás lo que ha costado el pan que en ella se sirve, y así visten,

y fuman, y llenan todas sus necesidades y caprichos sin que les cueste maldito el esfuerzo conseguirlo: otros trabajan por ellos y con eso basta.

Y bien, á esos inútiles sempiternos, á esos vagos y ociosos perennes, sean paseantes ó inamovibles, á esos hombres que muy bien pudieran suprimirse de la escena de la vida sin que á nadie ni para nada hicieran falta, á esos seres que por un error de la naturaleza han venido al mundo cuando debieron quedarse en. . . en cualquiera otra parte, á esos. . . *ejemplares*, en fin, pregunto: ¿qué les hace falta? la actividad? el estímulo? el criterio? . . . . No, otra cosa más bien que todo eso: ¡la vergüenza! . . . .

La niña que se pasa los días en visitas y las noches enteras en bailes y saraos, que se ríe con éste y con aquel galán, que se permite conversaciones libres con el amigo, que no encuentra reparo en andar en la calle con un extraño, que no tiene respetos ni atenciones para sus padres, que trata con demasiada familiaridad á los hombres y que poco ó nada cuida de los asuntos domésticos; opino que anda también un poquito necesitada de vergüenza.

*El candil de la calle* que bota su dinero con conocidos y conocidas, y jamás lleva el diario á su casa, y sin embargo, se sienta á la mesa y exige selectos platillos y abundantes bebidas, y que no perdona que esté la camisa mal lavada, camisa que nunca compra, lavado que nunca paga. . . ¿qué necesita? ¡Tener vergüenza!

El literato ramplón que se convida á todas las veladas, á todos los banquetes, á todas las fiestas, y en todas partes recita perversos é improvisa brindis desatinados y después asalta las redacciones de los periódicos pidiendo párrafos encomiásticos en que se le declare un

genio; debería preguntar, parodiando al *Marcial* de la *Pasionaria*:

—¿Qué es lo que *no* tengo?

—¡Vergüenza! le contestaría Perico el de los Palotes.

Si á todos esos *tipos* y otros muchos que omito en obsequio de la brevedad, no les hace falta la vergüenza, ¡que venga Dios y lo diga! . . . .

Y basta por hoy, que ya he soltado mucho la lengua contra las prescripciones del Director.

Si por lo que he dicho vendrá alguien á retarme! . .

Punto en boca.

Soy de ustedes afectísimo, S. S.

PERICO EL DE LOS PALOTES.

## COSAS QUE HACEN FALTA

### EL DINERO

Poderoso caballero es don dinero.

*Quevedo.*

Y la prueba es bien clara. Si nó, yo pregunto: ¿Por qué no se ha hecho en tantos años el desagüe del Valle? ¿Por qué no se ha reformado la horrorosa fachada del Palacio Nacional? ¿Por qué la ciudad es punto menos, (por no decir punto más) que un fango? ¿Por qué no tenemos marina? ¿Por qué no tenemos innumerables cosas que nos hacen falta? ¿Por qué no abrimos una Exposición Universal, como lo desea de tan buena fe la Prensa Asociada?

Sencillamente porque no contamos con la valiosa cooperación del *poderoso caballero*.

Es inútil que perdamos el tiempo en buscar razones de otro género, pues no haríamos más que ponernos en el caso de aquel cura á quien preguntaron:

—¿Por qué en este pueblo no repican?

—Por muchas razones, contestó: en primer lugar porque no hay campanas; en segundo. . . .

—Basta, señor, estoy plenamente satisfecho. . . . .

.....  
*Quien tiene dineros pinta panderos*, dice el refrán, y á fe que me persuade!

Si todos tuviéramos dinero, cada uno haría su santa voluntad, sin ocurrir al favor del vecino. El Sr. Terrazas no hubiera tenido necesidad de coleccionar donativos para emprender su viaje á Roma; ni Lee-Cock se hubiera tomado nunca el trabajo de inventar noticias; ni Zúñiga y Miranda el de pronosticar horribles catástrofes; ni Pastor, el de traer de allende los mares un museo de ancianas suripantas; ni Juvenal, el de escribir una colección de charlas, capaz de formar una obra tan voluminosa como la Historia Universal de César Cantú; ni el Sr. D. Lázaro Pavía, el de fundar *Los Estados*; ni el director de *La Política*, el de devanarse los sesos, inventando cada día un nuevo proyecto de edificio para la supuesta exposición de 1892; ni el Sr. Moncayo el de crear un *Padre Padilla* que dió con él en Belem, y así sucesivamente. . . . .

\* \* \*

Pero para poner de relieve la verdad que encierra el epígrafe de este mi artículo dominguero, y tal debe ser mi programa, fuerza es presentar en parangón á los

ricos y los pobres, siquiera sea en tosco y descolorido boceto.

Los primeros se presentan con todo su gran aparato de palacios, quintas, jardines, carruajes, lacayos y valiosísimas joyas; todo lo que seduce, lo que deslumbra, lo que habla á la imaginación y á los sentidos, lo que proporciona cuantas comodidades pueden apetecerse, lo que acorta las distancias, supera los obstáculos y subyuga las voluntades.

Para ellos todas las puertas están francas, los brazos abiertos, los labios sonrientes y las miradas halagüeñas.

Los hombres los envidian, los ensalzan y les tributan admiración y respeto. Las mujeres... ¡oh! las mujeres son muy benignas, tienen una alma muy sensible: su corazón es un relicario que abre muy fácilmente quien tiene en sus manos una llave misteriosa formada de oro y de brillantes!...

Poco importa el origen de las riquezas, porque al fin y al cabo á la sociedad no le toca juzgar de las conciencias... ¿Que tal fortuna se formó por medio del agio? no importa, es fortuna que mucho vale y mucho significa: hay que respetarla. ¿Don Fulano se hizo millonario robando á mansalva los tesoros públicos? podrá ser, pero es millonario. ¿Tal personaje ejerce un comercio de mala fe en el que estafa al consumidor? eso no está probado, podrán ser calumnias mezquinas. ¿Que tal otro arruinó á la viuda y á los huérfanos que le confiaron sus intereses? alguna recompensa había de corresponderle por su trabajo. ¿Que este hacendado ha enriquecido robando el jornal á los infelices labriegos que trabajan en su heredad del día á la noche? quién sabe! lo cierto es que levanta anualmente cosechas fabulosas. ¿Que aquel opulento capitalista debía estar en un presidio por pla-

giario? no hablemos de eso, hay que callar porque se trata de una persona de la más alta posición social.

Todos ellos son generalmente considerados, forman el núcleo ó la crema de la aristocracia. Gozan de altísima influencia; pueden hacer, con sólo quererlo, cuanto entra en el orden de las posibilidades humanas. Se les concede á porfía, sin que lo pretendan, toda suerte de honores, empleos, comisiones honoríficas y productivas en grande escala. Se abren sus salones, y todos se disputan el derecho de entrar los primeros; van á los paseos ó á los teatros, y se tienen por felices los que reciben de ellos un cariñoso saludo.

El mundo les sonríe, las flores guardan para ellos sus más exquisitos aromas, y las aves sus más dulces notas.

Tornan, si les place, el invierno en primavera, la noche en día, las montañas en llanuras, los páramos en verjeles, y los polos en trópicos....

Para los grandes ricos no hay imposibles; pueden llegar á la altura que se propongan y adquirir los cargos y los títulos que les plazca: pueden ser nobles de la más pura nobleza, académicos, magistrados, diplomáticos, ministros, cardenales y pontífices.

Y sabios también, pues no habrá facultad ó corporación que les niegue la borla de doctor en cualquiera ciencia.

Y también genios, pagando al que lo sea, porque escriba ó ejecute una gran obra literaria ó artística, y asumiendo la gloria producto de su dinero....

\* \* \*

Conque ya lo veis: los ricos son todo y todo lo pueden. Por eso muchos, para llegar á serlo, no omiten medio ni artificio alguno, cualquiera que sea su naturaleza.

¿Hay que ir en busca de las concesiones, los empleos, los buenos negocios y de todo lo que produzca dinero? pues bien, se irá, y no hay que pensar en la licitud de los medios adecuados para conseguirlo.

¿Hay que contar con la protección de los altos funcionarios? se conquistará. ¿Cómo? por medio de obsequios, de caravanas y de lisonjas. Se estudiará al personaje, se tomará nota de su carácter, de sus costumbres y sus inclinaciones; se le acompañará á todas partes, se darán banquetes y saraos en su obsequio, se pronunciarán calurosos brindis y discursos encomiásticos de sus virtudes, se le postulará para elevados puestos, se fundarán periódicos que sostengan su candidatura, se publicará profusamente su retrato y biografía, se viajará con él cuando lo haga ó se le saldrá al encuentro á su regreso; si es dado á los versos, se le declarará gran poeta; si á la pintura, gran artista; si á las armas, hombre invencible; si al vino, persona de buen humor; si al juego, niño mimado de la fortuna; y si al amor . . . . qué diantre! poco importa sacrificar algo de la honra de la familia. . . . en cambio la recompensa será de todos envidiada! . . . . .

Pero no divagaré: he dicho algo de los ricos; y voy á hablar de los pobres.

A aquéllos los conozco de oídas y apenas si de vista: á éstos los trato íntimamente, los tengo cerca de mí, estoy identificado con ellos.

No hablaré, sin embargo, de los cinco millones de indígenas que viven sumergidos en la miseria más lastimosa; ni es mi ánimo abordar los difíciles problemas del pauperismo y del salario: dejo lo primero en manos del ilustrado autor de los *Ensayos sobre estudios sociales*,

y cedo la palabra para lo segundo á los que cultivan con provecho la ciencia económico-política.

Mi tarea va á reducirse á límites más estrechos, pues sólo me propongo delinear, aunque sea rápida é imperfectamente, los rasgos más característicos de algunos *pobres* que conozco en fuerza de tratarlos diariamente.

Comenzaré por aquel que parece haber nacido para plantear grandes negocios y acometer grandes empresas.

Es vivaz, inquieto y nervioso; revela en su aspecto una febril actividad; brilla en sus ojos el entusiasmo juvenil, llevado hasta el atrevimiento y la audacia. Para él las dificultades no existen; sólo una cosa le exaspera: el imposible.

Es de los que afirman que el hombre no tiene derecho de descansar. Y él no descansa; pasa los días y las noches forjando planes y estudiando la manera de desarrollarlos. Un nuevo día es para él un nuevo proyecto: podía medir los instantes por las ideas. Siente que hay algo grande en su cerebro: un semillero, un nido de gérmenes innumerables que pugnan por desarrollarse y tomar forma.

Y bien, ese hombre que debía vivir en la República del Norte, y estar al frente de grandes negociaciones, es desdichado. ¿Qué le falta? dinero! dinero para convertirse en empresario, para poner por obra sus ideales, para dar aplicación á su actividad infatigable: es desdichado porque es pobre.

Y paso rápidamente á otros *ejemplares*.

Ahí está aquel poeta, aquel soñador, aquel hombre de imaginación brillante que hace versos muy lindos y escribe novelas que hacen llorar de ternura.